



Angela Merkel y Antonio Guterres junto a mandatarios de todo el planeta durante la Conferencia internacional celebrada el pasado 19 de enero en la capital alemana con el objetivo de detener la escalada bélica en Libia y sentar las bases para un proceso de reconciliación.



Miembros de la milicia de Misrata patrullan en abril de 2019 la capital de Libia, Trípoli, para intentar detener la ofensiva de las fuerzas del mariscal Haftar. A la izquierda, migrantes en el centro de detención de Nijla tras huir de otro centro destruido por los ataques. Naciones Unidas cifra en algo más de 200.000 los niños atrapados en Trípoli.

El acuerdo entre las principales facciones enfrentadas en Libia suscrito en Berlín y auspiciado por la UE y la ONU pone la primera piedra en el proceso de pacificación del país

Una puerta a LA ESPERANZA

CONSEGUIR la paz en Libia. Un país resquebrajado en el que las *katibas* o milicias son las verdaderas fuerzas que controlan el territorio, y el petróleo, el maná que todos quieren obtener. Pero los seis millones de libios se merecen que la comunidad internacional no decaiga en sus esfuerzos por intentar que, al menos, las facciones depongan sus armas y se sienten en una mesa para buscar una salida a esta espiral de horror. Y también que se detengan las injerencias y juegos de poder en el polvorín libio.

El pasado 19 de enero se dio un importante paso en la Conferencia de Berlín: los representantes de las dos principales fuerzas enfrentadas —el Gobierno de Acuerdo Nacional (GAN) y el Ejército Nacional Libio (ENL)— se mostraron receptivos a «cesar todos los movimientos militares» y proceder «a la desmovilización y el desarme de los grupos armados». El acuerdo de la capital alemana, que contó con el beneplácito y la colaboración de la Unión Europea y las Naciones Unidas, implica también que todos los firmantes —fue suscrito por un total de

16 actores internacionales— dejen de suministrar apoyo militar a alguna de las partes y respeten el embargo de armas impuesto por las Naciones Unidas desde 2011.

Nadie duda de que queda un camino largo y tortuoso, pero nunca antes desde la caída del régimen de Gadafi se había conseguido lo que se logró en Berlín. La Conferencia contó con la participación del secretario general de la ONU, Antonio Guterres y su enviado especial para Libia, Ghassam Salamé; los presidentes del Consejo y de la Comisión Europea, Charles Michel y Ursula von der Leyen; el Alto Representante de la Unión Europea para la

El acuerdo de Berlín incluye la aplicación del embargo de armas decretado por la ONU

Política Exterior y de Seguridad, Josep Borrell; y los presidentes de Rusia, Vladimir Putin; Turquía, Recep Tayyip Erdogan; Reino Unido, Boris Johnson; Francia, Emmanuel Macron; Italia, Giuseppe Conte; el secretario de Estado norteamericano, Mike Pompeo; y altos representantes de la Unión Africana y la Liga Árabe. Acudieron también altos cargos de Argelia, China, Egipto, la República del Congo y Emiratos Árabes Unidos. Es cierto que los máximos representantes de las dos facciones en lucha, el presidente respaldado por la ONU, Fayeza al Sarraj, y el mariscal Jalifa Haftar, no participaron propiamente en la Conferencia, pero viajaron a la ciudad germana, mantuvieron sendas reuniones bilaterales con la anfitriona, la canciller Angela Merkel, y supieron de lo acordado a través de sus representantes.

La extraordinaria alineación de esta cita da una idea de la urgencia y la gravedad de la situación sobre el terreno, con el rápido avance durante el mes abril del pasado año de las fuerzas de Haftar desde su bastión en el este hacia la capital, Trípoli —y sede del Gobierno de Acuerdo Nacional—, donde en este momento se libran los principales

Desde 2014, el país está dividido en dos zonas con dos gobiernos enfrentados, uno en Trípoli y otro en Tobruk

combates entre las milicias de uno y otro bando. Además, como explicó el secretario general de la ONU, «había un verdadero riesgo de una escalada regional del conflicto libio, y eso se ha impedido hoy en Berlín».

Pero todos los presentes son también conscientes de que, además de intenciones, el acuerdo tiene que implicar un compromiso de la comunidad internacional. «Esto no es una cita aislada; esto es un proceso», afirmó Josep Borrell. En las conclusiones de la Conferencia de Berlín se dice expresamente que «nos comprometemos a respetar y aplicar de manera inequívoca y plena el embargo de armas establecidos por la Resolución 1970 de las Naciones Unidas y posteriores». Además, se afirma que «pedimos pasos creíbles, verificables, secuenciados y recíprocos hacia el desmantelamiento de los grupos armados y las milicias por todas las partes», para «la posterior integración de sus miembros en instituciones civiles, de seguridad y militares estatales».

En el plano político, el texto de Berlín renueva la confianza de la comunidad internacional en el Acuerdo Político Libio firmado en Sijrat (Marruecos) en 2015 por el que se formó el gobierno del primer ministro Sarraj «como un marco viable para la solución política en Libia» y hace mención expresa a la participación «plena, efectiva y significativa de las mujeres y los jóvenes en todas las actividades relacionadas con la transición democrática de Libia, la resolución de conflictos y la construcción de la paz».

UN PAÍS ROTO

Entender lo que ha ocurrido en Libia en los últimos 20 años es complicado. Han sido muchos los factores entrelazados en una lucha descontrolada y encarnizada que ha dejado tras de sí un país roto. Y,

en medio, las víctimas civiles. Según el último informe de UNICEF presentado en Berlín durante la Conferencia de estos meses de enero, cerca de 200.000 niños no tienen acceso a sus escuelas en Trípoli a causa de los combates y la capital sufre problemas con la red sanitaria; ACNUR cifra en algo más 700.000 el número total de migrantes varados en el país y en unos 200.000 los desplazados internos que huyen de la guerra. Por su parte, Amnistía Internacional indica que hay 20 millones de armas incontroladas (tres por cada habitante) y la ONU afirma que el número de muertos civiles en 2019 fue de 283. En realidad, el número total de muertos ha sido bastante mayor,



Un hombre conecta la manguera de bomberos a una hidrante junto a un tanque de petróleo atacado en la ciudad libia de Bengasi.

probablemente entre 1.500 y 2.000, aunque nadie lo sabe con certeza.

Tras la caída de Gadafi en 2011 se creó un Consejo Nacional de Transición (CNT) con la misión de facilitar el camino hacia la democracia. Pero la ausencia de un proyecto común —eran facciones muy heterogéneas solo unidas por el deseo de derrocar al dictador— y, sobre todo, su incapacidad para desarmar e integrar en el aparato de seguridad del Estado a las milicias, se lo impidieron. En julio de 2012 se convocaron las primeras elecciones democráticas para elegir la Asamblea Nacional Constituyente (ANC), en las que, con una participación superior al 60 por 100 del electora-

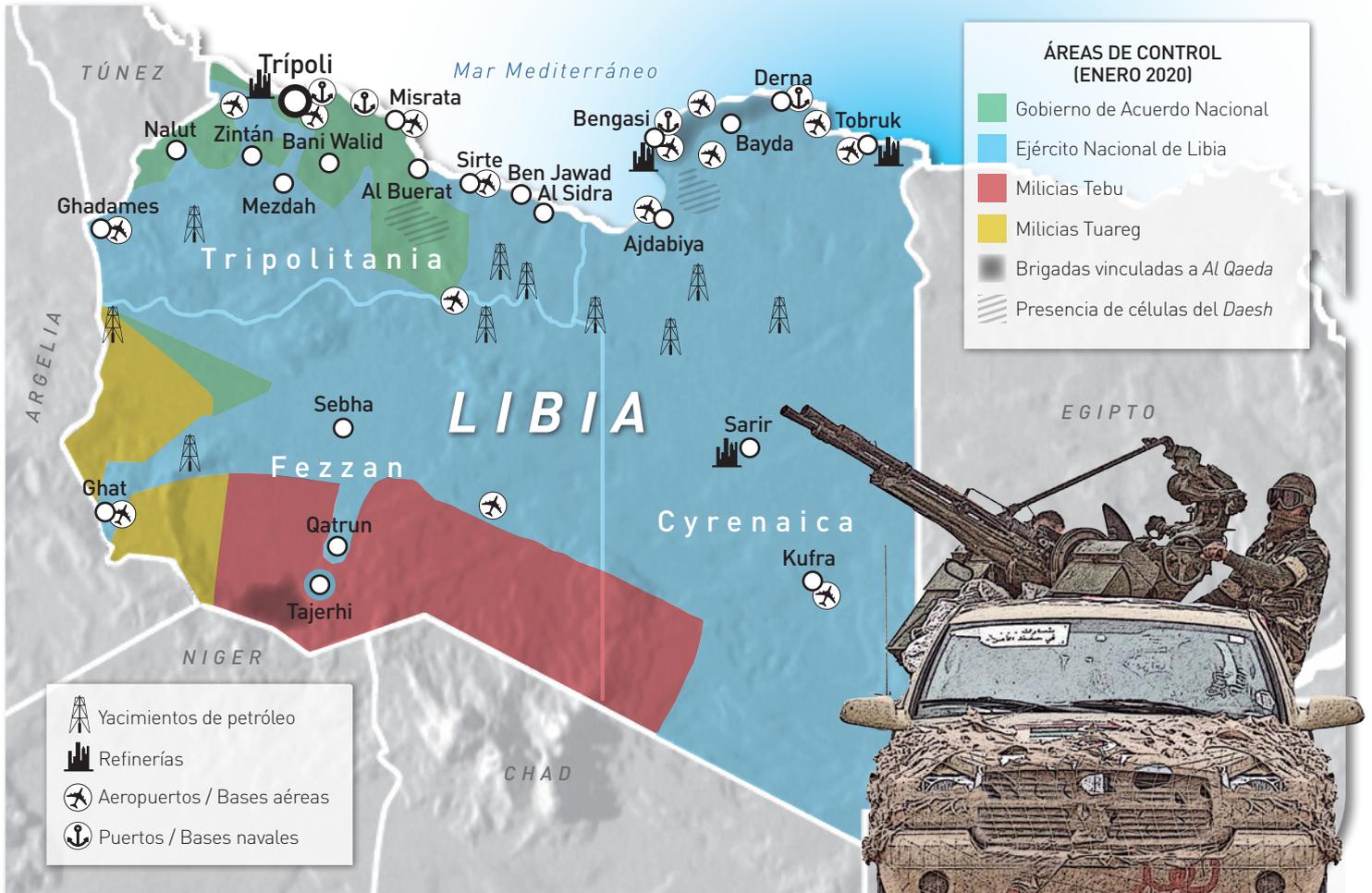
do, ganó el Partido Alianza de Fuerzas Nacionales, de tendencia liberal. No obstante, fue el partido islamista Justicia y Construcción (rama libia de los Hermanos Musulmanes) el que acabaría controlando la cámara gracias al apoyo de distintos candidatos independientes y a los salafistas. Designaron presidente a Ali Zeidan, pero ni la Asamblea ni el Gobierno fueron capaces de controlar los enfrentamientos entre las brigadas que ya eran las dueñas y señoras de buena parte del material del antiguo Ejército, de importantes áreas territoriales y de muchos de los campos de petróleo (no hay que olvidar que Libia es el noveno país del mundo en reservas

petroleras, que representan el 95 por 100 de los ingresos del país por exportaciones). En 2013, la Asamblea Nacional, cada vez más radicalizada, llegó a aprobar la *Sbaria* como fuente de derecho y una controvertida ley de Aislamiento Político que perjudicaba a los sectores seculares y liberales al prohibir el acceso a cargos públicos a quienes hubiesen ejercido alguno con Gadafi.

En este escenario y apoyado por Egipto y Arabia Saudita, surgió la figura del general Jalifa Hafter, un antiguo comandante del Ejército libio de 75 años.

Amigo personal y aliado de Gadafi, cayó en desgracia por su actuación en la guerra de Chad y tuvo que exiliarse en Estados Unidos, de donde regresó en 2011 para colaborar en el derrocamiento del dictador. Con fuertes vínculos con las antiguas fuerzas armadas —y tras algunos contratiempos—, finalmente consiguió hacerse con el control de importantes unidades terrestres —entre ellas, las temidas brigadas de élite *Saiqa* (rayo) compuestas por 3.500 soldados y de la Fuerza Aérea, que integró en el denominado Ejército Nacional de Libia (LNA). También sumó a su fuerza significativas milicias como el Consejo Militar de Zintán (considerada la segunda

EL COMPLEJO PUZZLE LIBIO



→ PROTAGONISTAS DEL CONFLICTO



Fayez al Sarraj

Ingeniero de profesión, es el primer ministro del Gobierno de Acuerdo Nacional con sede en Trípoli. Cuenta con el respaldo de numerosas milicias que tienen a cargo la seguridad de la capital, agrupadas en las denominadas Fuerzas de Protección de Trípoli, así como de las poderosas milicias de la ciudad de Misrata. Es el único gobierno legítimo reconocido por la ONU, la Unión Europea y la Unión Africana. Cuenta con el apoyo militar de Turquía, país que recientemente ha aprobado el despliegue de tropas en Libia.



Mariscal Haftar

Comandante del autodenominado Ejército Nacional Libio (ENL), formado a partir de una mezcla de unidades del antiguo Ejército de Tierra y la fuerza aérea de Gadafi, junto a milicias tribales o regionales, entre ellas las brigadas de élite *Saiqa* (Rayo), la Séptima Brigada, la Brigada *Qaaqaa* o el Consejo Militar de Zintán (considerada la segunda del país). Tiene como principales aliados a Egipto y Rusia, y es respaldado por la Cámara de Representantes de Tobruk.



Grupos tribales

Son muchos y determinados por la zona geográfica, la familia o la tribu. Los más importantes son las milicias de los Tebu y los Tuareg, que han logrado mantener bajo su control las respectivas áreas donde se asientan estas tribus, muchas de ellas nómadas.



Fuerzas yihadistas

El *Daesh* (denominado en Libia *Tandhim ad-dawla*) consiguió establecerse en Bengasi, Derna o Trípoli y controlar la ciudad de Sirte. Pero desde 2015 ha recibido fuertes derrotas y permanecen escondidos en zonas despobladas o como células durmientes.

ÁREAS DE CONTROL (ENERO 2020)

- Gobierno de Acuerdo Nacional
- Ejército Nacional de Libia
- Milicias Tebu
- Milicias Tuareg
- Brigadas vinculadas a *Al Qaeda*
- Presencia de células del *Daesh*

■ Otros grupos de poder

- **Cámara de Representantes.** Parlamento surgido en las elecciones de 2014 y reconocido por la comunidad internacional, fundó su propio Banco Central y se estableció en Tobruk.
- **Gobierno de Bayda.** Es el ejecutivo alineado con la Cámara de Representantes y Haftar. Su primer ministro es Abdulá al Zini y su sede está en la ciudad de Bayda. Su esfera de poder real es muy limitada.
- **Corporación Nacional del Petróleo (NOC).** Es la responsable de la producción y los ingresos del petróleo. No depende de ningún gobierno, opera los yacimientos propios en colaboración con consorcios de empresas extranjeras.
- **Banco Central de Libia.** Con sede en Trípoli, controla los ingresos del país por su relación con el NOC y financia todas las instituciones.



Nektarios Mavrogianis / UNPhoto

Imagen de agosto de 2016 que muestra a las tropas del gobierno de Trípoli poco después de entrar en la ciudad de Sirte y liberarla del control de las fuerzas del *Daesh*.

más importante del país), la Séptima Brigada (*Kaniya*), la Brigada *Qaaqaa* o las milicias de Wasrhefana y Nafusa. En total, se calcula que dispone de algo más de 85.000 efectivos, además de vehículos blindados, armas pesadas y aviones no tripulados. En mayo de 2014 lanzaría la operación *Dignidad* con el objetivo, según sus propias palabras, de «limpiar» el país de islamistas. Muy hábilmente, Hafter aprovechó la incontestable presencia de células del *Daesh* en suelo libio y la fidelidad que varias milicias habían jurado a *Al Qaeda* para erigirse en el gran defensor del laicismo y del pueblo de Libia (llegó a crear una unidad de élite, los *sabawat* entrenados en labores antiterroristas).

En junio de 2014 se convocaron elecciones para elegir una nueva Cámara de Representantes como órgano legislativo que debía sustituir a la inoperante ANC. Resultaron ganadores los partidos seculares y los islamistas sufrieron un gran retroceso. Los enfrentamientos entre las milicias y la inestabilidad obligaron a que la Cámara se trasladase a Tobruk. El general Hafter juró entonces fidelidad a la Cá-

mara de Representantes. Por su parte, la ANC no aceptó los resultados de las elecciones, se mantuvo como parlamento en Trípoli y lanzó la operación *Amanecer Libio* para recuperar el control del país. Mientras, en el sur, las milicias tebu y tuareg mantenían su particular batalla por mantener el control de las zonas habitadas por sus tribus.

GOBIERNO DE UNIDAD

Con este panorama, las Naciones Unidas intentaron buscar fórmulas para conseguir un alto el fuego como paso previo para consensuar un gobierno común. El Consejo de Seguridad aprobó



Sabri Elmehdi/EFE

Una mujer deposita su voto en un barrio de Trípoli durante las elecciones legislativas de 2014, últimas que se han podido celebrar.

en agosto de 2014 la resolución 2174 por la que se establece la Misión de las Naciones Unidas en Apoyo de Libia (UNSMIL), bajo el mando, en aquel primer momento, del diplomático español Bernardino León.

Tras sucesivos tira y afloja, promesas incumplidas y negociaciones rotas, se consiguió que las partes mantuvieran una ronda de contactos a lo largo de 2015 en la ciudad marroquí de Sijrat. En diciembre de ese mismo año se firmó el denominado Acuerdo Político Libio en virtud del cual se establece un Gobierno de Acuerdo Nacional liderado por Fayez al Sarraj, un político moderado. Ubicado en un principio en Túnez, en 2016 se pudo trasladar a Libia (a Trípoli) tras ser reconocido por la ANC con la misión de convocar unas elecciones que, hasta ahora, no han podido realizarse. Desde entonces, Sarraj ha logrado el apoyo de importantes milicias que integró en el llamado Aparato Central de Seguridad.

En concreto, cuenta con los apoyos de las milicias de Misrata (consideradas las más importante del país y que incluyen varias facciones, entre ellas un cuerpo de élite formado por la Brigada 301, con unos 40.000 soldados), además de las conocidas como Fuerzas de Protección de Trípoli (creadas en 2018 sobre la base de cuatro milicias clave: las Brigadas Revolucionarias de Trípoli o TRB, la mayor de la capital; la Unidad *Abu Salim*; el batallón *Nawawi* y las Fuerzas Especiales de Disuasión o RADA, con unos 1.500 efectivos procedentes del antiguo Ejército libio, que controlan el único aeropuerto que funciona en la ciudad, el de Mitiga). En diciembre de 2016 fue muy significativa la victoria de Sarraj contra el *Daesh*, al que consiguió expulsar de Sirte con la colaboración de bombardeos selectivos estadounidenses.

Pero el ya nombrado mariscal Hafter, sobre el terreno el auténtico hombre fuerte de Libia, no acepta la autoridad de un gobierno que, según él mismo, estaría constreñido por las milicias que realmente ostentan el poder en Trípoli, muchas de ellas con fuerte componente

islamista. En los tres últimos años, ha conseguido liberar la ciudad de Bengasi (en su momento en manos de milicias vinculadas a *Al Qaeda*) y extender el control por las regiones del este y centro del país, donde se encuentran las principales instalaciones petrolíferas. En abril de 2019 lanzó una importante ofensiva, la denominada operación *Oleada de Dignidad*, mediante la cual ha llegado hasta las puertas de Trípoli.

TRAFICANTES E INTEGRISMO

La situación de anarquía vivida en estos años sumada a la geografía del país —con grandes zonas desérticas en el centro y el sur controladas por tribus y fronteras muy porosas e inhóspitas— han facilitado que Libia sea el lugar idóneo para las rutas de los traficantes ilegales y el refugio de terroristas. Como suele ser habitual en este país, todo está mezclado y es fácil encontrar milicias —o familias de tribus como los tuareg— que han jurado fidelidad a *Al Qaeda* o al *Daesh* al tiempo que ayudan a los traficantes o, si alguien les paga, se suman a algunos de los bandos enfrentados en la guerra civil. Todo y nada tiene sentido. Pero lo que sí es evidente es que aunque el yihadismo supo jugar sus bazas en Libia, en los últimos tres años ha sufrido muy serias derrotas por uno y otro bando (lo único que hasta ahora ha unido a las dos principales facciones enfrentadas es su lucha encarnizada contra el yihadismo).

Según datos del Instituto Internacional de Estudios Estratégico (IISS), unos 8.000 libios fueron a Irak y a Siria a combatir y, en los últimos cuatro años, han ido retornando a su país muy radicalizados. En su mayoría, se unieron a las filas de *Ansar al Sharia*, un grupo local de ideología salafista y vinculado a *Al Qaeda* que estableció su poder en la ciudad de Bengasi (en 2012 atacó el consulado estadounidense y asesinó al embajador). También, otras células transnacionales de *La Base* llegaron de países vecinos y se fusionaron con brigadas islamistas locales hasta crear la conocida como Brigada de Defensa de Bengasi, que todavía mantiene el control de algunos barrios de esa ciudad y de áreas de la franja costera próxima.



Consejo Europeo

El compromiso de Europa

DESDE que se dieron los primeros pasos para buscar la paz en Libia, la Unión Europea ha sido uno de los actores más implicados. Ya en Berlín, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen y el alto representante para la Política Exterior y de Seguridad, Josep Borrell, emitieron un comunicado conjunto en el que reafirmaban que «la única solución sostenible a la crisis de Libia es a través de los esfuerzos de mediación liderados por la ONU que ponen en primer plano la necesidad de todas las personas libias» y quisieron incidir en que «la UE se compromete a desempeñar un papel importante en el seguimiento de la conferencia». Y así lo hicieron. Tan solo 24 horas después, el Consejo de Asuntos Exteriores reunido en Bruselas acordó reenfoque la operación *Shopia*

hacia el control del embargo decretado por las Naciones Unidas para cerciorarse de que no se incumple. Se acordó por unanimidad: «Nadie se opuso», resaltó el representante de la Política Exterior y de Seguridad, Josep Borrell, y advirtió que «no habrá paz en Libia mientras se mantenga el flujo de armamento».

La misión aeronaval fue lanzada en 2015 con el cometido principal de luchar contra las mafias que traficaban con seres humanos en el Mediterráneo Central y Meridional. Tras casi cuatro años de labor, el pasado mes de marzo se decidió suspender «temporalmente» el despliegue naval por falta de acuerdo sobre el desembarco. Ahora, será reactivada y se modificará su mandato principal, aunque mantendrá el de vigilar e impedir el tráfico de inmigrantes y la formación de guardacostas libios.

En esa puerta al fanatismo que ha sido Libia en estos años hay que destacar la figura de Sadiq al Ghariani, un religioso musulmán libio que jugó un papel destacado en las guerras de 2011 y 2014. Actualmente, lidera *Dar al Islam*, movimiento que fusiona radicalismo islamista y nacionalista y que ha contado con el apoyo de milicias armadas en Derna (el Consejo de la *Shura* de los *Muayidines* de Derna) y las Brigadas de Defensa de Bengasi.

Por su parte, el *Daesh* quiso hacer de Libia su particular califato en el Mediterráneo: en 2014 consiguió tomar la ciudad de Derna, donde logró el apoyo de buena parte de los miembros de

la entonces ya languideciente *Ansar*. Desde ese bastión, y aprovechando el vacío de poder, logró avanzar hasta Sirte, donde permaneció desde febrero de 2015 hasta finales de 2016. Tras la derrota a manos del Gobierno de Sarraj, se calcula —según datos de la Secretaría de Estado norteamericana— que algo más de 1.000 miembros del *Daesh* permanecen desperdigados en Libia en células durmientes. Están concentrados en dos áreas del centro del país, pero, como indica un análisis del Servicio de Acción Exterior de la UE, con posibles conexiones en ciudades como Bengasi, Derna, Sirte, Misrata o Trípoli.

Rosa Ruiz

El Daesh ha sufrido serias derrotas en los últimos años, por lo que sus miembros están ahora desperdigados en células